

LA IMPOSICION DE LAS FORMAS FRANQUISTAS EN EL IMAGINARIO COLECTIVO. UNA REFLEXION DESDE LA RIBERA BAIXA

Ricard C. Torres Fabra

Los vencedores de la guerra impusieron un modelo social que descansaba sobre pilares que ya habían demostrado su consistencia. El orden social, pues, fue restablecido mediante una implantación brutal de los postulados franquistas, lo que tenía poco en cuanto a novedad a pesar de la verborrea falangista. Los cauces por los que se impuso el modelo social franquista fueron la represión, la violencia, el control social y la tutela continua sobre la población, todo ello conducido por la Iglesia y sostenido por una machacona propaganda que incidía en presentar el "revival imperial" como una esencia inseparable del carácter español, unitario y trascendental capaz de absorber cualquier aspiración popular para moldearla en un crisol que no necesitaba de otras voces.

La inevitabilidad de lo cotidiano se imponía con aire paternalista aunque el régimen no dudaba en castigar las desviaciones a la par que desplegaba la violencia como prevención y única respuesta. El franquismo pretendía presentarse como no responsable ante la opinión pública, ya que asumía unilateralmente la representación popular. Por si ello fuera insuficiente, la Iglesia avalaba al régimen dando a entender que este jugaba un papel providencial. Se establecía así una permutación de papeles bíblicos otorgando a los españoles el rol de nuevo pueblo elegido con las responsabilidades que de él se derivaban pero al que su inmadurez había obligado a ser salvado mediante la bendición de un nuevo régimen, aspecto que profundizaba en el culto a la personalidad de Franco.

Este rompecabezas místico otorgaba la base moral y legitimadora al régimen y llegó a presentar como ineludible desarbolar cualquier nexo de unión con el pasado republicano dedicando numerosas energías con la finalidad de borrarlo completamente del imaginario colectivo.

Todo ello se reflejaba en las primeras actuaciones de los vencedores que afrontaron sus necesidades con caracteres de urgencia. Lo prioritario en

aquellos instantes era demostrar quién había ganado y para ello nada mejor que desnaturalizar a los vencidos, desgajándoles incluso de la primera decisión sobre su descendencia puesto que los niños bautizados con nombres poco gratos para los vencedores fueron apremiados para su cambio.(1)

Las repercusiones de la nueva reglamentación confeccionaron un modelo social favorable a los vencedores, impidiendo la integración social de los vencidos. Fue diseñándose así un "concepto de derrota" definido como la inevitabilidad de todos los males que cayeron sobre los vencidos a los que estos se entregaban sin remisión ni esperanza alguna, puesto que asistían impotentes a la desmembración de las formas organizativas imperantes hasta entonces. A lo más que podía aspirar un vencido y sus familiares era a pasar desapercibido y esperar ser molestados lo menos posible.(2)

FRANQUISTAS = RESERVA MINORITA

La propaganda oficial encontraba eco en una pequeña minoría compuesta por derechistas, personas de orden, pertenecientes en su mayoría a la antigua Derecha Regional o provinientes de los defenestrados aparatos caciquiles, que encontraban así restablecidos sus antiguos privilegios. Frente a ellos, un compacto grupo de familias presentaba el denominador común de poseer uno o varios represaliados por los vencedores.

El franquismo se parapetó en la parafernalia pseudofascista de la Falange y la exhibieron en sus formas externas imponiendo el saludo fascista. La salida a las calles de las expresiones de poder del régimen llevaba a situaciones aparentemente disparatadas aunque exentas de inocencia. Era el caso de la obligatoriedad del saludo fascista al pasar por delante de la iglesia de los Santos Juanes de Cullera, en cuya fachada, como en el resto del Estado español, se encontraba una relación de los "Caídos por Dios y por España".(3)

La asunción de la dualidad entre poder político y

sociedad civil cuya característica cotidiana era la aceptación del poder como coto vedado desembocaba en la desmovilización, distanciamiento y abulia por lo político, de tal forma que se asumió socialmente la concepción cuartelera del régimen, cuyas ordenanzas ni se criticaban ni se sopesaban: "eso es cuestión de política" fue una frase que se convirtió en diaria y reveladora del absentismo de la población.

Y es que las esferas de la vida cotidiana estaban dominadas desde el poder de tal forma que no permitía otra manifestación más que la del propio régimen. El otro gran poder, la Iglesia, sustentaba al régimen agrandando aún más los efectos desmovilizadores y convirtiendo a la población en sujeto pasivo frente las andanadas propagandísticas que acompañaron al franquismo, optando por asumir un papel contemplador sin réplica. Por tanto, la reinstauración de los antiguos modelos sociales iba acompañada por la imposición de un corpus cultural que instauraba la legitimación de hegemonía de clase sustentada por la ineludible asunción de la desigualdad como forma perfecta de relación social.

Esta concepción social tomista derivó en ensalzar la sumisión, la resignación y el alejamiento de posturas críticas hacia la realidad social imperante. Fruto de este despliegue aséptico la vía más efectiva para "revalorizar" la tradición espiritual fue la escuela, en la que religión, patriotismo, glorias imperiales, etc., eran valores que se presentaban en un crisol incorruptible: ser español equivalía a aceptar acriticamente todas estas significaciones. La escuela pasaba a ser un cauce de estructuración social postergando las concepciones formativas por los deseos del régimen empleando para ello la tergiversación más acusada, la calumnia militante y las falacias más aberrantes, tomando como fondo el castigo divino, de modo que la razón dejó de ser la materia prima de los postulados culturales para identificarse con las argumentaciones incontestables del régimen que conseguía así "disponer de la divinidad" para sus propios fines.

El primer valor que las muchachas recibían era el de su dignidad, basada en el rechazo de la igualdad sexual, tal y como había pretendido la legislación anterior. Así, se podía leer: "Mujer de España, eres la garantía de la patria. Quisieron que fueses un objeto de placer o de odio y la Falange te ha devuelto tu jerarquía: reina del hogar".(4)

Esta estratificación social paralela a la subordinación social se plasmaba en los juegos infantiles. Así, las niñas mediante el entretenimiento con muñecos iban perfilando las esencias maternas, preparándose para el momento culminante en la vida de una mujer: la maternidad.

CONTROL DE LA VIDA COTIDIANA → IMAGINARIO COLECTIVO FRANQUISTA

La Iglesia dirigió la vida cotidiana con más ímpetu que la FET. Además, a medida que la organización falangista fue perdiendo eco entre la población no ocurría lo mismo con el clero puesto que su despliegue en la elaboración del nuevo imaginario colectivo le había reportado el papel de juez y fiscal, tanto para la vida pública como privada, y esta concepción dirigente arrojaba como saldo el que la Iglesia se inmiscuyera no sólo en las costumbres sino también en parcelas de orden público. El nacionalcatolicismo del régimen fue marcado a fuego en el imaginario colectivo de la sociedad convirtiéndose la Iglesia en uno de los aglutinantes de la alianza contrarrevolucionaria.

La falta de intimidad en función del nuevo orden social llevaba a que las mujeres tuviesen una especial precaución a la hora de mantener relaciones sexuales. Las relaciones sexuales se convertían en un elemento rechazable y reprobable con lo que la represión sexual se incorporó al imaginario colectivo con unos valores apreciados socialmente, como son la hombría del varón que conseguía transgredir las normas de comportamiento, la tenacidad en evitar compañía sexual por parte de la mujer y el cuidado que la familia demostraba por evitar horarios y lugares "peligrosos" para sus componentes femeninos. Con ello se construyó todo un culto a la virginidad, ya que ésta demostraba la ausencia de experiencias sexuales anteriores a la unión de la pareja y sobre todo desterraba las suspicacias sobre posibles sospechas de promiscuidad, únicamente constatable para la mujer, claro. En una sociedad que hizo del machismo una de sus razones de ser, la promiscuidad sexual resultaba un factor importante para ser valorado por el resto de los varones.

De este modo, la prostitución fue una actividad perseguida y calumniada oficialmente pero tolerada extraoficialmente, quedando encubierta a pesar de las voces discrepantes del clero y esporádicas intervenciones de algunos personajes.(5) Si bien los prostíbulos conocieron un marcado retroceso aunque su actividad no fue abiertamente reprimida, lo cierto es que sufrieron los rigores de la nueva concepción moral. Así, no era raro encontrar a

alguna mujer pelada al rape por esta causa, pero la actividad en sí no pasó por mayores apuros que los de contentarse en pervivir en ghettos, complacer a las autoridades mediante sus delaciones, y colaborar subsidiariamente en la configuración de los organigramas represivos del régimen, presentándose como alternativa farisíaca a las rígidas normas sexuales de la moral católica.

Mediante este malabarismo actitudinal se diseñaba asimismo la frontera de la tolerancia del régimen. Lo obsceno quedaba como una cualidad específicamente masculina y reforzaba la iconografía femenina tomando a la mujer como un molde en el que sus máximas virtudes debían ser la virginidad, la discreción, el amor exento de deseo sexual y, sobre todo, la asunción de un rol familiar proyectado por el régimen.

No ocurría lo mismo con otros aspectos sexuales como la homosexualidad. Joan Bolufer recuerda al respecto que "En Cullera y en Sueca había muchos homosexuales y eran perseguidos. Recuerdo que una vez pillaron a varios y los pelaron a rape".(6) El rechazo de la sociedad hacia la homosexualidad no tenía parangón con la prostitución. La represión que se desplegó ante la homosexualidad, además de ser más dura, también fue más insistente.

Además de las leyes de peligrosidad social, este colectivo debía enfrentarse al capricho represor de las personas que detentaban las instituciones franquistas. Así, en Cullera, debido a las disposiciones del alcalde Leandro Mas, los homosexuales fueron castigados a despojar al Paseo de molestas raíces para su remodelación, pernoctando en los bajos del Ayuntamiento al tiempo que para escarnio público se les vestía de forma estrafalaria. Todo ello con el beneplácito de sus superiores. El mismo mecanismo se ponía en marcha en lo relativo al exceso de consumo de alcohol.(7)

El régimen estaba obcecado en que ninguna esfera de lo cotidiano escapara a su control. Así, ante la proximidad de la bonanza climática, mientras que las playas de Cullera se preparaban para acoger a los bañistas, la gestora se pronunciaba sobre lo que consideraba moral pública: "(...). Deben hacerse desaparecer las antiestéticas libertades rayanas en el desnudismo que el extinguido régimen rojo permitía en los establecimientos, balnearios y zonas marítimas en donde temporalmente se acostumbraba a establecer barracas para baños y con el fin de adecentar todo lo posible (...), se observarán las

reglas siguientes: los hombres deberán bañarse con traje completo de baño (...), y cuando se separen (...), para pasear por la orilla llevarán albornoz. Segundo: las señoras también se bañarán con bañador completo y llevarán sobrefaldilla hasta las rodillas (...). Los contraventores de esta orden serán castigados con todo rigor (...). La fuerza de carabineros observará el cumplimiento".(8)

Si esto se producía en la esfera lúdica, la sentimental se regía bajo unos parámetros parejos. Si entablar relaciones se presentaba como una ardua tarea, "era muy raro romper relaciones. El noviazgo era muy formal y se sabía que en caso de no cumplir la familia lo tendría muy pendiente. La falta de seriedad era condenada porque se pensaba que el hombre se había aprovechado de la mujer".(9) La asimilación que se daba a las relaciones entre jóvenes de ambos sexos y noviazgo tenía como finalidad el matrimonio. Y este era el objetivo que el imaginario colectivo del franquismo había diseñado para la mujer.

El terreno cultural también fue invadido por las ansias de control del régimen y la supresión de toda iniciativa particular se extendía también a los tradicionales puntos de encuentro: "sucedió como con Primo. Al desaparecer los casinos, lo único que se mantuvo fueron las bandas. En los Cazadores y las bandas se hacían tertulias, no había otra cosa. Pero quedó muy descafenado: después de la guerra a las Sociedades les costó mucho reorganizarse".(10)

Con el objeto de ofrecer "mayores glorias al Imperio", los vencedores se empeñaron en revivir los antiguos juegos florales en todo su esplendor. Así, en Cullera, en 1944, títulos como "Interpretación falangista de la muerte", nos indican con claridad los gustos que se pretendía imbuir al mundo cultural.(11)

Las celebraciones que promovió el régimen buscaban refrendar sus ideales de patriotismo, heroísmo, etc., con tal motivo en Cullera se desarrolló un homenaje a Juan Font Colom, cuyo mérito consistió en ser prisionero de los tágalos, en 1898, circunstancia aprovechada para rendirle un "homenaje admirativo, patrocinado por Levante y Valencia de Cea".(12) Agustín Tritón recuerda que "todo el mundo sabía que era uno de los últimos de Filipinas, pero nadie lo consideraba un héroe. Después del homenaje fue muy popular y contaba a todo el mundo sus experiencias".(13)

Lo que sí despertaba furor en la Ribera Baixa era el balompié. Los numerosos tópicos con que el régimen inundó al deporte rey no fueron acicate para que los numerosísimos aficionados que el deporte tenía en la comarca perdieran interés. Al contrario, poco a poco, las tardes de los domingos fueron incorporando las radios rodeadas de oyentes que seguían con vivo interés las retransmisiones de los partidos, mientras que los bares todos los lunes contemplaban interminables tertulias en las que los participantes disertaban con un apasionamiento desconocido en otros ámbitos de las relaciones humanas. Por ello, cuando el 25 de abril de 1948, al finalizar la liga de tercera división, grupo tercero, el Sueca descendía a regional, tras haber realizado una funesta campaña y quedar situado en última posición, se comentó con frustración en la localidad. Pero no todo fueron desdichas para los aficionados suecanos. Anteriormente habían podido deleitarse con la selección española: "reina gran contento y júbilo en la población pues la selección española de balompié entrena en Sueca".(14)

La válvula de escape que la sociedad franquista encontró en el fútbol dio a este deporte una expectación inusitada. En junio de 1949 se demandaba "fletar un barco para Barcelona con objeto de llevar hinchas a la final de Copa del Generalísimo, ya que la cabida en los trenes es muy limitada y por carretera existen bastantes dificultades y restricciones y no pueden organizarse varios trenes especiales".(15) La propuesta venía a resultar curiosa, ya que una semana antes se había publicado la noticia que desvelaba el estado de los planes autárquicos: "el ferrocarril a Sollana, Sueca y Cullera presta un servicio deficiente en cuanto al horario (...), aunque se mantendrá el actual horario por ser bueno" (sic).(16)

El entretenimiento favorito de los ribereños lo constituyó el cine. El régimen tenía muy claro el poder de manipulación que proporcionaban las imágenes y los relatos debidamente estructurados. De ese modo, en medio de una impresionante parafernalia se estrenó en Sueca, "Raza", (17) una de las películas más características del franquismo.

La dependencia de la industria cinematográfica nacional llevó a su especialización en productos pro-régimen, con lo que la propaganda del franquismo y de las productoras convergieron hasta el punto de fraguar un nuevo tipo de reclamo publicitario que entrelazaba las entusiastas proclamas franquistas con las glorias de la película

mediante un espectáculo encaminado a ensalzar al franquismo a la par que afianzar la venta del producto. Ocurrió en Cullera, en diciembre de 1948, con el estreno de "Locura de Amor", acudiendo Aurora Bautista para promocionarla.(18)

El género con más aceptación fue el de aventuras. La sensación que causó "El Tigre de Esnapur" en diversos cines de la Ribera(19) no era mal vista a los ojos de los jerifaltes locales. En cada sesión se realizaba un pase del NODO, compendio de noticias barnizadas y propagandísticas del régimen, que creaba bastante expectación por la información deportiva, ya que solía estar acompañada de imágenes con jugadas y goles. Con todo, su contenido solía estar bastante desfasado temporalmente, y la cronología de los mismos dejaba mucho que desear.

La imagen de una familia completa o una pandilla ocupando buena parte de las filas se hizo cotidiana a la par que las madres, al apagarse las luces, abrían las fiambreras y abastecían a su prole. La oscuridad en que se envolvía la sala también se utilizó como resguardo para las apetencias de soledad por las parejas. Las últimas filas solían ser coto vedado a espectadores que no realizaban noviazgo. También se infiltraban muchachos ansiosos por fumar a escondidas.

El entusiasmo que desataba el cine significó una fuente de lucro para los empresarios de la pantalla, y algunos llevaron su afición a los excelentes taquillajes hasta el extremo de descuidar las normas que regían para el acceso a las salas. El cine "La Paz", de Sueca, fue sancionado con 150 pts. por el Jefe Superior de Policía por "admitir mayor número de espectadores que corresponden al aforo de las respectivas salas".(20)

Con menor intensidad el teatro tenía su espacio en el ocio. En la producción teatral primaba lo folclórico, lo religioso y las comedias blancas. La primera representación que contempló la posguerra fue la escenificada por la compañía andaluza de "Maria de la O" a la que siguió "baile flamenco".(21)

Con todo, la Ribera Baixa estaba desasistida de emociones fuertes por lo que a la vida musical se refiere. Por ello, el grandísimo éxito que desplegó el "swing" de Billy Wells a lo largo de numerosos días triunfales también en el teatro Serrano de Sueca.(22)

El espectro lúdico se completaba con la afición al boxeo, ciclismo, etc. que solía acompañar a las fiestas. Sin embargo, un acontecimiento de singular importancia tuvo lugar en agosto de 1949 al inaugurarse el "Trinquete de Sueca", recuperando así un juego tradicional al que había una afición desmedida.(23)

El plato fuerte de la diversión lo constituían las fiestas, todas ellas de carácter sacro: "las fiestas de Cullera siempre han tenido mucho fervor. Antes de la guerra venía gente y dormía en la calle o en el Mercado".(24) La devoción que se tenía a la Virgen del Castillo de Cullera escapaba al ámbito local. Los visitantes pasaban la noche en vela vagando de un lugar a otro.

La victoria de la guerra significó la reposición de las fiestas religiosas y el retorno del sentido de la fiesta prerrepública en el sentido represor de las manifestaciones populares. Las fiestas así pasaban a estar controladas totalmente por el poder, que aprovechaba las efemérides tradicionales para desplegar toda su batería propagandística. Se acuñaba una cultura descafeinada cuyas manifestaciones se caracterizaban por su esencia inofensiva. Se dio un revival del folclorismo disfrazado de lo autóctono que alejaba a los verdaderos depositarios de la cultura popular trasladándola hacia un regionalismo inconsistente que quedaba así despojado de sus virtudes originarias.(25)

La seriedad con que se afrontaba el hecho festivo por parte de las autoridades se plasmaba en las sanciones que recibían las acciones que lograban entorpecerlas. Prueba de ello fue un incidente ocurrido en Sueca protagonizado por el chófer del autobús de la línea Valencia-Saler-Perelló, por negarse a esperar que acabase la procesion del Sagrado Corazón de Jesús antes de reanudar su camino, "desorganizándolo con esta actitud las filas de la procesión".(26)

Cuando el 20 de junio de 1946 fue asesinado el alcalde de Llaurí, la prensa desplegó un silencio inusitado. Durante semanas no se dedicó más que las cuatro líneas en un ángulo del periódico Las Provincias.(27) Averiguaciones en tal sentido nos permitieron acceder a un relato de los hechos que no resulta demasiado claro. Lo cierto es que el crimen fue imputado a un tal Ferragut, vecino de Llaurí. Ahora bien, según testimonios orales, el asesinato fue perpetrado por un secuaz que

previamente había sido comprado para cometer el crimen(28) y nos fue comunicado el nombre tanto de la persona que encargó el asesinato como el de su autor. Al parecer se trató de un asunto de celos que no hemos conseguido aclarar más, al igual que su entramado y por ello hemos preferido no reflejar más conclusiones que las derivadas del silencio de la opinión del régimen. El franquismo tuvo la tendencia de tapar o al menos esperar que el tiempo cubriese los hechos vergonzantes realizados por sus componentes. El corporativismo que movía estas acciones no obstante era insuficiente como para aceptar la impunidad de este tipo de actos y no se tuvo miramientos a la hora de imputar el crimen a una persona inocente guiados exclusivamente por su pasado político.

El tema desarrollado en estas líneas únicamente puede elaborarse a partir del empleo de las fuentes orales, ya que es el método más apropiado para afrontar la recogida documental para un momento en que la documentación existente se encuentra en la más completa de las penumbras. El documento verbal, tratado con el máximo rigor y complementado con las fuentes hemerográficas, ha servido como eje irrenunciable de análisis del imaginario colectivo del franquismo en su construcción.

Por todo lo anterior y como conclusiones podríamos afirmar que el franquismo implantó un **modus vivendi** basado en las costumbres más tradicionales, a las que se se pretendió acompañar de una parafernalia extraña como era la pseudomilitarización de la sociedad vigilada por la Iglesia como brújula moral incontestable. Al mismo tiempo el régimen se dotó de una autoprotección basada en el control de la opinión pública, con lo que su responsabilidad social quedaba completamente a salvo. Por ello, y debido a su propio carácter violento y represivo gestado durante la contienda, el franquismo consideraba enemigo a derrotar toda manifestación no ya contraria a sus planteamientos, sino todo comportamiento no diseñado por él. La prontitud con que el régimen se disponía a sancionar comportó que la picaresca saliera a relucir. La población, acostumbrada a ser reprimida ante cualquier nimiedad, comprendió que la discrepancia resultaba inútil. Por eso, los recelos ante personas allegadas, incluso amistades, se convirtió en una norma de supervivencia.

A lo anterior debemos unir las relaciones típicas de una sociedad agraria conformando todo un

imaginario colectivo que, a pesar de todos los inconvenientes que ello suponía, debió ser aceptado con los matices particulares que el régimen permitió con la finalidad de asentar aún más sus propósitos sociales.

La dicotomía que se abría así contemplaba una vida cotidiana vigilada por los demócratas por un lado y la completa seguridad de su incorruptibilidad por otro, configuraron que el imaginario colectivo implantado por el franquismo se resquebrajase al entrar en él cualquier elemento extraño: el turismo y la emigración a Francia, con la introducción de los sistemas culturales europeos y los contactos con el Partido Comunista de numerosos emigrados, introdujeron fuerzas centrífugas en el imaginario franquista que, unidas al desarrollo económico, acabaron por dinamitar su edificio cultural.

Notas

1.- Libro de Registro de Bandos (LRB). 21 de julio de 1939. Archivo Histórico Municipal de Cullera (AHMC).

2.- "El ambiente de delación y denuncia estaba tan presente que se medían muchísimo las palabras en público". Entrevista a Enrique Chulio. 22-2-1991.

3.- Ello presentaba inconvenientes. Así, en caso de pasar en bicicleta por delante, se tenía la obligación de descender de la misma y pasar a pie "con el máximo respeto". Idem.

4.- Las Provincias (LP), 13-9-1939. Hemeroteca Municipal de Valencia. (HMV).

5.- Así, en 1940, el gestor Francisco Grau, solicitó que "(...), desaparezcán de una calle tan céntrica como es la del Maestro Giner dos casas de prostitución que existen en las mismas". Libro Actas del Ayuntamiento Pleno. Libro 99. AHMC.

6.- Entrevista a Joan Bolufer. 27-2-1995.

7.- Así apuntan nuestros entrevistados.

8.- Libro de Registro de Bandos. Libro 935. 4-6-1939. AHMC.

9.- Entrevista a Enrique Torres. 27-2-91.

10.- Entrevista a Miguel Ferrer. 26-2-91.

11.- Las Provincias (LP), 4-3-1945. Hemeroteca Municipal de Valencia. (HMV).

12.- Levante (LV), 8-2-1946 y LP, 14-2-1946. HMV.

13.- Miguel Ferrer.

14.- LP, 19-11-1940. HUV.

15.- LP, 20-6-49. HMV.

16.- LP, 13-6-1949. HMV.

17.- LP, 26-4-1942. HMV.

18.- LV, 28-12-1948. HMV.

19.- LP, 3-2-1940. HMV.

20.- LP, 27-3-1940. Además, el cine "La Paz" fue sancionado "por anunciar como apta para menores una película no autorizada (...) y por admisión de menores". LP, 5-12-1943. Posteriormente este cine volvió a ser sancionado por el mismo motivo. LP, 30-1-1944. HMV.

21.- LP, 28-6-1939. HMV.

22.- LP, 27-2-1940. HUV.

23.- LP, 4-8-1949. HMV.

24.- Entrevista a Alfredo Benito. 24-2-1991.

25.- En la propaganda de las fiestas de Sueca de 1946 podía extraerse: se "celebrarán bailes regionales, esencia y médula de nuestra valencianía" LV, 18-1-1946. HUV.

26.- El conductor fue multado con 150 pts. y 15 días de arresto gubernativo "por desobediencia y falta de respeto a la autoridad, al no querer detener el autobús obligando a que la comitiva se desorganizase". LP, 7-7-1944. HMV.

27.- LP, 21-6-1946. HMV.

28.- Entrevista a Santos Herráiz. 2-3-91. □